

Las fronteras surandinas como último enclave de la resistencia monárquica (1810-1832) *

Carla Manara**

Resumen

Los movimientos de independencia en Hispanoamérica crearon diversas experiencias regionales. En el caso de Chile y Argentina, el proceso ha sido tradicionalmente enfocado desde los centros de poder sin prestar la misma atención a las fronteras indígenas del sur. Esta amplia región articulaba Araucanía, Norpatagonia y Pampas y sintió el impacto de una inédita movilización social y política fomentada por una guerrilla multiétnica y pro realista vigente hasta 1832. En este contexto, nos proponemos analizar los fundamentos de la alianza hispano-pehuenche mediante la cual esta frontera se convirtió en el último enclave de la resistencia monárquica contra los revolucionarios. Para ello hemos recurrido a la confrontación y articulación de fuentes éditas e inéditas muy diversas relevadas en repositorios de ambos países.

Descriptores

Fronteras – Revolución - Resistencia – Alianzas – Indígenas - Guerrilla

* Este tema forma parte de una investigación mayor desarrollada en el marco de la Tesis Doctoral actualmente en redacción (UNCPBA).

** Docente e Investigadora del Dpto. de Historia, Fac. de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue (cmanara@infovia.com.ar).

Las fronteras en el centro de atención

Frontera es uno de los conceptos claves para comprender los procesos históricos sociales y también muchos de los problemas contemporáneos. Los espacios fronterizos han ido colocándose lentamente en el centro de debates teóricos y metodológicos evidenciando la polisemia de dicha término¹. Dado que *frontera* suele estar asociada con otros conceptos igualmente polisémicos como *periferia*, *límite*, *región*, *nación y estado*, se incrementa la necesidad de revisar y redefinir las categorías en uso.

Estudiar una región fronteriza siempre supone ciertos resguardos, en particular cuando se trata de espacios contextualizados con anterioridad a la consolidación de los estados-nación, es decir, cuando éstos aún no habían fijado sus límites políticos. Por tal razón, las regiones fronterizas con indígenas “no sometidos” no pueden ser entendidas utilizando los criterios analíticos pensados para una sociedad estatal moderna.

En la historiografía de Chile y de Argentina aún se observa cierto predominio del paradigma estado-nación que fundamenta la formación del estado a partir de los movimientos de emancipación y mantiene la visión de que el estado es el que construye la sociedad, y el estado es el que puebla. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo XIX se vislumbran naciones con fronteras inciertas, límites borrosos y unidades territoriales imprecisas que estaban bastante lejos de constituir las organizaciones estatales que se forjaron en las décadas siguientes.

Las versiones legitimadas impusieron un corte temporal en 1810 bloqueando la comprensión del proceso de transición política que existió entre el orden colonial y el republicano. Creemos que comprender esta transición es fundamental para detectar la confrontación entre lo “viejo” que persistía y lo “nuevo” que no lograba imponerse². Producto de esa transición fue el período conocido como “guerra a muerte” que comenzó en Chile con la derrota de los realistas en la batalla de Maipú en 1818. En ese lapso, no fue nada casual que los espacios fronterizos del sur se convirtieran en centros de la lucha política para dirimir conflictos y liderazgos, en medio de las guerras por la independencia en las que estaban involucrados ambos países.

Asimismo, suele afirmarse que con la instalación de gobiernos liberales fue superada la tradición colonial, sin embargo, existieron fuerzas sociales resistentes al nuevo orden que se mantuvieron alineadas a la causa del rey por casi dos décadas, cuestión que ha sido escasamente estudiada. En la medida que tomamos distancia de los centros políticos, como Buenos Aires y Santiago de Chile, advertimos con mayor claridad que el mundo fronterizo, en su conjunto, estuvo directamente involucrado en el proceso revolucionario.

En efecto, una historia tradicionalmente contada desde los centros políticos, ha minimizado –y tergiversado– la importancia de las áreas fronterizas y la participación de las sociedades indígenas contribuyendo a crear muchas de las imágenes estereotipadas todavía vigentes.

¹ Sobre la polisemia del concepto ver GRIMSON, Alejandro (comp.), *Fronteras, naciones e identidades*, Buenos Aires, Ed. Ciccus, 2000.

² VARELA, Gladys y MANARA, Carla, “Tiempos de transición en las fronteras surandinas: de la colonia a la república”, en BANDIERI, Susana (coordinadora), *Cruzando la cordillera. La frontera argentino chilena como espacio social*, I parte, Neuquén, CEHIR, UNCo, 2001, pp. 31-63.

En este contexto, el objetivo central del presente trabajo consiste en analizar las circunstancias y los factores que provocaron la emergencia de las fronteras surandinas como el último escenario de la resistencia realista contra el avance de los separatistas entre 1818 y 1832. Estas fuerzas conformaron una guerrilla multiétnica organizada y contó con la colaboración de grupos indígenas de ambos lados la cordillera, en virtud de lo cual la guerra a muerte se propagó por todos los frentes fronterizos del sur. Hemos dado prioridad al sector noroeste cordillerano de la actual provincia de Neuquén, por haberse conformado en el epicentro de este último y crucial enclave pro-monárquico, gracias a la adhesión de gran parte de los caciques pehuenche³ que dominaban la región. Considerando que las tribus pehuenche no habían podido ser sometidas durante toda la etapa colonial llama la atención que surgiera una alianza entre estos enemigos de larga data. Intentaremos dilucidar cuáles fueron los fundamentos de peso que justificaron durante tantos años la alianza hispano-pehuenche que potenció la capacidad de acción de las fuerzas del rey.

Un proceso en fragmentos

Los avances aquí presentados comenzaron con la revisión de obras clásicas chilenas⁴ cuyas versiones sobre la guerra a muerte entre “realistas” y “patriotas” han sido difundidas hasta la actualidad, manteniendo así los recortes o presupuestos establecidos. Todos estos aportes fueron confrontados y ampliados con los datos obtenidos de un corpus documental muy variado y disperso relevado en diferentes archivos, instancia fundamental que nos permitió comenzar a reconstruir un proceso hasta ahora contado en fragmentos⁵. Nuevos elementos y renovados enfoques permiten hoy repensar el proceso de emancipación sin perder de vista la movilización social y política que se estaba dando en las fronteras sureñas convertidas en el enclave de una guerrilla pluriétnica pro realista. En este aspecto, ha sido significativa la información obtenida de los partes militares de las sucesivas campañas realizadas desde Chile; los informes y correspondencia desde los puestos fronterizos del sur mendocino, así como notas e informes emitidos por gobernadores y autoridades regionales a ambos lados de la cordillera durante el período tardo-post colonial. Frente a la supremacía de documentación oficial -o bien escritas “desde arriba”⁶- disponemos de cierta correspondencia entre los líderes guerrilleros con las autoridades chilenas, mendocinas y porteñas así como algunas memorias de montoneros, fuentes que

³ Dado que en la lengua mapudungun los etnónimos terminados en *Che* no se pluralizan en este trabajo optamos por escribirlos en singular.

⁴ Para esta temática resulta especialmente significativa la publicación de VICUÑA MACKENNA, Benjamín [1868]: *La Guerra a Muerte*. Santiago de Chile, Ed. Francisco Aguirre, 1972. Entre las obras decimonónicas más influyentes para el estudio del período revolucionario se cuentan las de Tomás GUEVARA (1911), Diego BARROS ARANA (1897), Miguel Luis AMUNÁTEGUI (1876 y 1882) y Francisco ENCINA (1947), entre otros.

⁵ El relevamiento de fuentes se realizó en el Archivo de Santiago de Chile (AS), Archivo General de la Nación Argentina (AGN), Archivo Provincial de Mendoza (APM), Archivo Histórico de Neuquén (AHN) y de Chos Malal (Ach), Centro de Documentación de Bahía Blanca (CDBB) y Biblioteca Vignati en Trelew.

⁶ La perspectiva de la historia “desde abajo” busca tomar distancia de los relatos de los “héroes” en los que “al resto de la humanidad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia”, para introducirse en una historia colmada de personajes marginados. En BURKE, Meter, *Nuevas formas de hacer historia*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 15.

aportan una mirada distinta del proceso. También, la lectura de tratados, parlamentos y acuerdos entre los gobiernos y los pehuenche y las peticiones de los caciques a los comandantes de frontera proporcionan matices a tener en cuenta. Cabe destacar la información obtenida de diarios de viajeros y misioneros que transitaron por la región en estudio⁷.

¿A qué frontera nos referimos?

La cultura poscolonial decimonónica elaboró una frontera -real y simbólica- como espacio amenazante ubicado entre la “civilización” y la “barbarie”, imponiéndose la visión de éstas como espacios en tensión y de potencial peligrosidad. La frontera ha sido tradicionalmente pensada como área de guerra o zona de fricción, como una línea divisoria entre blancos e indios y promisoría de tierras para la conquista y colonización. Asimismo, los enfoques tradicionales centrados en las políticas estatales suelen prestar atención a los espacios de frontera y a los indígenas sólo como factores problemáticos para las grupos de poder, sin dar cuenta de lo que realmente acontecía en el interior de esos vastos territorios no controlados. Actualmente la revisión historiográfica sobre el proceso revolucionario de Chile y de Argentina tiende a contar el proceso de emancipación desde una perspectiva superadora de viejas fórmulas parciales y excluyentes.

A partir de estas y otras aproximaciones conceptuales, consideramos a los espacios fronterizos no como simples periferias de los centros de poder, sino como un centro en sí mismo en permanente interacción con aquellos. Pensamos en una frontera como un espacio geográfico en donde el estado aún no ejercía control efectivo ni había estructurado ningún orden institucional ni social, por lo tanto, como sostiene Nidia Areces “estos procesos presuponen el choque, la interrelación, en síntesis, la vinculación dinámica de sociedades distintas, área de contacto de formaciones diversas”⁸.

Desde esta perspectiva, las fronteras surandinas constituyeron un complejo espacio social de múltiples interacciones que le imprimieron dinámica y fisonomía propia. Este espacio formaba parte de una región mayor que articulaba a la Araucanía con la nordpatagonia y las pampas desde largo tiempo atrás. A principios del siglo XIX, los hechos revolucionarios generaron una diversidad de relaciones inusuales entre indígenas, españoles, mestizos y criollos movilizados en el ámbito fronterizo. Esos vínculos interétnicos rebasaban el espacio fronterizo propiamente dicho, por lo tanto al ámbito de “blancos” e “indios” o de “bárbaros” y “civilizados” no puede delimitarse rigurosamente. Una cadena de alianzas y contra-alianzas promovieron constantes movilizaciones a un lado y otro de la cordillera, más allá de las fronteras políticas internas o externas y de las cuestiones formales de la soberanía que se planteaba desde los centros políticos.

⁷ Dada la temática analizada priorizamos algunos cronistas como POEPPIG, Eduardo (1960), HAENKE, Thaddaeus (1942), de la CRUZ, Luis (1969), ESPÍÑEIRA, Pedro (1988), ESQUIVEL Y ALDAO, Francisco (1937) y HAVESTADT, Bernardo (1930).

⁸ Cfr. ARECES, Nidia, “Regiones y fronteras. Apuntes desde la historia”, en *Revista Andes*, N° 10, Salta, CEPIHA, 2000, p. 25.

Sabemos también que en el contexto revolucionario de toda América emergieron varios casos de fronteras conflictivas, los que guardan –como podemos suponer- cierta similitud con el caso que estudiamos⁹. Sin embargo, la región surandina presenta una sugestiva particularidad en el hecho de haber sido la más austral, en donde a su vez, se dio la última resistencia en nombre del rey, contando con una adhesión social muy heterogénea cuya movilización fue, probablemente, la de mayor duración.

El protagonismo estratégico de los indígenas

Por lo dicho anteriormente, uno de los aspectos que demanda especial atención es el protagonismo de los grupos indígenas durante el proceso emancipador. Las tierras al sur del Bío Bío en Chile y al sur del río Salado en el frente Atlántico estaban bajo el dominio efectivo de tribus “no sometidas” que se involucraron directamente en la pugna política desatada entre los bandos. Las estrategias desarrolladas por las fuerzas en pugna superaron las modalidades y las condiciones conocidas hasta entonces.

Para avanzar en esta dirección, los datos del contexto propiamente revolucionario no dan demasiados indicios, por lo tanto creemos apropiado retomar ciertos rasgos de la política de los Borbones aplicada en las fronteras sur del Imperio, previo a la captura de Fernando VII por Napoleón Bonaparte en 1808. Consideramos que en estos antecedentes está la clave para comprender los motivos de la alianza contra las fuerzas revolucionarias.

Las características de las fronteras surandinas no habían pasado desapercibidas para los Borbones al momento de diseñar las pautas de la relación con los grupos nativos. Por lo tanto, la política diseñada fue diferente a la aplicada en otros espacios fronterizos del continente¹⁰. En este sentido, la alianza lograda con ciertos grupos araucanos y pehuenche propiciará más tarde una colaboración mutua para frenar los avances revolucionarios, extendiendo la lucha entre monarquistas y separatistas hasta la década de 1830.

⁹ Por ejemplo, el caso de los llaneros en Venezuela estudiado por Miguel IZARD “Ni cuatreros ni montoneros, llaneros”. Caracas, 1984 (mimeo); también el caso de los iquichanos en Perú presentado por MÉNDEZ, Cecilia, “Los campesinos, la independencia y la iniciación de la república. El caso de los “Iquichanos realistas: Ayacucho, 1825-1828”, en URBANO, Henríque (comp.), *Poder y violencia en los Andes*, N° 18, Perú, Centro de Estudios regionales Andinos Bartolomé De las Casas, 1991, p. 165; el de los apaches en México en ORTELLI, Sara, “Gente ociosa, perdida y vagabunda. Pró fugos, malhechores y abigeos en el centro y norte de Nueva España a fines de la Colonia”. Buenos Aires, Red de Estudios Rurales 2004 (mimeo) y sobre los comanches abordado por VELASCO ÁVILA, Cuauhtémoc, “De la paz a la guerra. Los comanches en la frontera mexicana, 1821-1836”; en BONILLA, Heraclio y GUERRERO, Amado (comps.), *Los pueblos campesinos de las Américas. Etnicidad, cultura e historia en el siglo XIX*. Universidad Industrial de Santander, Colombia, 1996.

¹⁰En la segunda mitad del siglo XVIII las reformas borbónicas buscaron reconquistar las colonias americanas para la corona. Los primeros Borbones no tuvieron especial interés en los territorios australes ocupados por indígenas por su difícil geografía y los pocos réditos económicos que allí se podían obtener. Hacia 1770 el problema de la frontera pasó a primer plano y estas tierras se revalorizaron y el debate sobre la política a seguir alcanzó su punto más álgido. El renovado interés en las regiones de frontera es inseparable de los cambios políticos y económicos que aquella década trajo aparejada. Además, el peligro inminente de las fuerzas inglesas que amenazaban la seguridad de las costas patagónicas alentó a los funcionarios a buscar la lealtad de los indígenas hasta entonces no sometidos.

La alianza hispano-pehuenche estimulada por los Borbones no terminó en 1808 como infiere la historiografía tradicional. Por el contrario, siguió vigente y potenció en plena lucha revolucionaria la organización de una estratégica guerrilla promonárquica legitimada por el rey a partir de la mencionada "guerra a muerte". De tal modo, la participación pehuenche no es una novedad, sino más bien el producto de una larga relación. Una relación pactada durante años en virtud de la cual la mayor parte de estos caciques se alinearon a la causa del rey. La adhesión de éstos fue un factor clave para los realistas porque garantizó la permanencia y la supervivencia del accionar guerrillero a lo largo de la vasta frontera. Esta movilización de fuerzas de resistencia y oposición mantuvo en vilo a los incipientes gobiernos republicanos que evidenciaban no estar en condiciones de superar el conflicto.

Redefiniciones necesarias

Existen dos problemas cuya redefinición es fundamental para el abordaje propuesto. El primero, emerge del corte temporal tradicionalmente dado al período de la guerra a muerte (1818-1824) que ha sido impuesto por los historiadores liberales de fines del siglo XIX y aún sigue vigente en buena parte de la producción actual. Según esta versión, la contienda comenzó después de la batalla de Maipú en 1818 y terminó con la derrota realista en Ayacucho (1824)¹¹. Como entonces las montoneras realistas fueron perseguidas por haber sido declaradas en clandestinidad, se trasladaron al este cordillerano y quedaron automáticamente asociadas al "bandolerismo", desvinculando la movilización que siguieron teniendo estos grupos de la pugna política entre "realistas" y "patriotas" en medio de la cual se habían conformado¹².

Presentado de este modo, no se advierte que la movilización de la guerrilla tuvo continuidad en sus objetivos políticos y en sus estrategias militares. Lo que cambió fue el traslado de sus centros operativos a las tierras pehuenche del otro lado de los Andes desde donde pudieron generar nuevas alianzas e incluso ampliar notablemente su radio de acción hasta el frente atlántico. De este modo, los grupos activistas pudieron actuar en distintos frentes manteniendo la guerra sin cuartel con los gobiernos argentinos y chilenos de forma simultánea.

Es así como a partir de 1824 la mayoría de los textos dan un salto temporal hasta mitad de la década de 1830 cuando ya la guerrilla había sido derrotada para poner énfasis en la apertura de un nuevo período de progreso y triunfo del estado. Lo que queremos remarcar es que existe un vacío de explicaciones muy llamativo entre 1824 y 1832, razón por la cual no hay referencias específicas sobre las fuerzas movilizadas a favor del rey en América del sur más allá del mote de "bandidos" y "salvajes". Bajo estos rótulos también se diluye la participación indígena en el proceso.

¹¹Entre 1818 y 1824 lideraron la guerrilla el chileno Vicente Benavides (1818 y 1822), nombrado Comandante de las Fuerzas del Sur por el mismo virrey del Perú y más tarde le sucedió el general español Manuel Picó (1822-1824).

¹² La construcción y difusión sistemática de estereotipos fue cubriendo y "encubriendo" un proceso histórico de violencia e intolerancia bajo el cual subyacían movilizaciones sociales y resistencias colectivas muy profundas. En MANARA, Carla, "La fuerza legitimante de los estereotipos en la formación de la nación chilena", en *Revista de Historia*, Dpto. de Historia, Fac. de Humanidades, UNC, N° 8, 2000.

El segundo problema a redefinir se desprende del primero. A partir del traslado de los grupos comenzó la etapa liderada por José Antonio Pincheira que se mantuvo hasta 1832. El protagonismo de este líder resulta significativo en el plano político y social de esos años, sin embargo aparece totalmente desvirtuado hasta ignorado en virtud de las limitaciones impuestas por la historiografía tradicional. En los relatos oficiales se pierde el rastro de las huestes realistas a partir de 1824 porque se las piensa refugiadas en tierras argentinas dedicadas al simple pillaje y al maloneo en convivencia con sus aliados pehuenche. Por lo tanto, no debe sorprender que para la mayoría de los autores chilenos como argentinos, Pincheira y sus hermanos¹³ como todos sus “secuaces” constituyen el estereotipo del bandolerismo peligroso que quedó como “cruel resabio del pasado colonial”. La proliferación de estos “bandidos” en las fronteras complicaba la situación de los incipientes gobiernos republicanos que no tenían los recursos necesarios para hacer frente al problema, por lo tanto se terminaba por justificar el tanto o más violento accionar de las fuerzas regulares.

Al estar fuertemente instalada la idea del “bandidismo” y “bandolerismo”¹⁴ se le ha restado importancia al significado político subyacente en estos comportamientos “salvajes” y “bárbaros” sin comprender el real sentido de las expresiones de resistencia popular y la movilización de fuerzas no alineadas con los nuevos grupos de poder.

No tenemos dudas de que la guerrilla ha sido reducida a un accionar meramente delictivo y que se ha subestimado la participación indígena. En tal sentido, es necesario diferenciar que la guerrilla fue un fenómeno que convivió con un bandidaje o bandolerismo creciente. Ambos fenómenos fueron emergentes de una misma situación social y política muy crítica. El problema es que ambos conceptos suelen ser tomados como sinónimos cuando en realidad, no sólo son diferentes, sino que pueden ser pensados como complementarios. El primer concepto hace referencia a una organización político-militar mientras que el segundo se refiere a una delincuencia -conectada o no- al plano ideológico.

Repensar acerca de estas cuestiones contribuye de algún modo a desarmar los “modos selectivos del olvido inherentes al relato”¹⁵. Retomando la reflexión que propone Paul Ricoeur, pensamos que “dicho olvido es consustancial a la operación de elaborar una trama: para contar algo, hay que omitir numerosos acontecimientos, peripecias y episodios considerados no significativos o no importantes desde el punto de vista de la trama privilegiada”¹⁶. Frente a esto, existe la posibilidad de contar la trama de otra manera.

¹³ Los tan afamados como temidos hermanos Pincheira eran cuatro: Antonio, Santos, Pablo y José Antonio. Todos ellos habían participado en el ejército del rey desde los primeros tiempos de la organización de la resistencia siendo destacados jefes de montoneras y hombres de confianza de los primeros jefes. Los dos primeros ya habían muerto cuando Pablo y el menor de ellos, José Antonio, se asentaron en los valles neuquinos. Se sabe además tenían dos hermanas, Teresa y Rosario, sobre las que no hay mayor información, salvo que ellas también emigraron a los valles del este andino en donde vivieron con sus familias hasta 1827 cuando fueron capturadas durante una expedición chilena y llevadas a Chillán.

¹⁴ En muchos de los autores que enfatizan la cuestión del bandolerismo se observa la impronta de la influyente obra de Eric HOBSEBAWM, cuya propuesta analítica es muy sugestiva pero en el caso que estudiamos el modelo parece haberse impuesto a la realidad histórica generalizando la categoría de “bandido”.

¹⁵ Cfr. RICOEUR, Paul, “El olvido y el perdón”, en *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arecife, 1999, p.59.

¹⁶ *Ibidem*.

La confrontación política de fondo

En el marco de la transición tardo-post colonial, el período de “guerra a muerte” introdujo elementos de contacto fronterizo muy particulares en medio de una lucha de hegemonías. Especialmente, porque asoció a grupos opositores a los planes revolucionarios con diferentes tribus indígenas bajo la causa del rey. Liberales y monárquicos libraron una guerra sin antecedentes procurando posicionarse en el nuevo escenario político e impulsaron redes de lealtades y traiciones cruzadas durante más de quince años. Ambos bandos consideraban al enemigo como “usurpador” del poder y desde la perspectiva de cada uno se justificaba aniquilar al enemigo. El conflicto fue profundizándose en la medida que lo “viejo” seguía vigente y lo “nuevo” no terminaba de definirse. La guerra sin cuartel entre los bandos generó un clima generalizado de violencia e incertidumbre propiciando la formación, organización y despliegue de una guerrilla movilizada en montoneras con fuerte incidencia en el escenario político. Diversos grupos sociales interactuaron a la luz de los sucesivos líderes de la guerrilla conformando un conjunto pluriétnico de coordinados movimientos en defensa del orden tradicional que todos parecían defender. Sostenemos entonces, que en su conjunto, todos los partícipes en resistencia conformaron un frente de oposición armada contrarrevolucionario resguardado en la extensa frontera sur argentino chilena. La lucha por el poder se traducía también en rivalidades locales en función de la adhesión a uno u otro bando¹⁷. Además del apoyo de grupos araucanos y pehuenche, la mayoría popular al sur de Santiago de Chile también había adherido y colaboraba en alguna medida con la causa realista. Aunque con diferentes motivos, todos los partícipes compartían un mismo objetivo frente al enemigo en común. Así fueron sumándose a las filas de la guerrilla campesinos del sur, hacendados, religiosos y comerciantes, también desertores del ejército patriota, exiliados políticos así como bandidos comunes y oportunistas¹⁸.

De hecho, todos los sectores excluidos o nada conformes con el nuevo orden que se quería imponer procuraron generar sus propios canales de participación y generaron formas de resistencia y de acción contestataria amparados en la figura del rey y de la tradición colonial, lógica que se mantuvo vigorosa hasta tanto los nuevos estados no lograron imponerse.

Las fuerzas movilizadas en las fronteras del sur

Cuando en 1818 las fronteras surandinas se convirtieron en el centro operativo de la movilización guerrillera, los códigos entre los bandos en pugna comenzaron a modificarse. Con la batalla de Maipú el victorioso gobierno santiaguino creyó que el enemigo estaba finalmente derrotado. Ni Bernardo O' Higgins, entonces Director

¹⁷ Hay muchos ejemplos que dan cuenta de situaciones locales. Sin ir más lejos, los hermanos Pincheira eran hijos de Don Martín Pincheira, descendiente de un hidalgo español y labrador en una hacienda de propiedad del terrateniente Manuel Vallejos en el distrito de Parral, todos ellos enemigos declarados de la causa patriota. Por esta razón el mismo Vallejos, como tantos otros hacendados, fueron permanentes colaboradores de la guerrilla y protagonistas a su vez de rencillas locales desatadas por acceder a los espacios de poder local y regional.

¹⁸ VARELA, Gladys y MANARA, Carla, "Montoneros fronterizos: españoles, chilenos y pehuenches", en *Revista de Historia*, N°6, Dpto. de Historia, UNCo, 1998.

Supremo, alcanzó a prever la intención de reconquista que impulsó a las fuerzas realistas a replegarse esperando el momento para volver a atacar. Esta posibilidad se potenció cuando las huestes dispersas del ejército realista se refugiaron al sur del Bío Bío y se reorganizaron a modo de guerrilla contando con los refuerzos enviados por la Corona¹⁹. La tradición colonial estaba muy arraigada en las poblaciones sureñas en las cuales primaba la idea de que los cambios revolucionarios no mejoraban en nada su vida sino que, por el contrario, eran la causa de la violencia reinante. En contrapartida, y frente a la desorientación y a la inseguridad de los pobladores, los líderes de la guerrilla proclamaban la vuelta al orden que se había perdido. La figura del rey, de Dios y la tradición colonial habría sido el sustento ideológico que dio cohesión a los descontentos populares canalizados en la guerrilla legitimada como fuerza política.

Desde un principio, la lucha sin cuartel que debía darse a los “usurpadores y traidores separatistas” por orden explícita del virrey, consistía en frenar y desgastar al ejército patriota²⁰. Cuando en 1824 los grupos se trasladaron a los valles pehuenche al mando de Pincheira, el objetivo siguió siendo la defensa del rey ya que Fernando VII estaba decidido a perseguir a sus opositores liberales por lo que no era ajeno a los movimientos contrarrevolucionarios en sus dominios americanos. Sólo que las condiciones reinantes se iban tornando cada vez más apremiantes desafiando la capacidad de acción y respuesta de los contrincantes. Esto se hace evidente al observar las alianzas de Pincheira con grupos araucanos, pehuenche, boronanos y ranqueles y a la vez sus pactos con las facciones de la guerra civil, especialmente con los unitarios. Este tipo de coaliciones fueron una constante entre 1827 y 1831²¹.

Gran parte de los caciques pehuenche se convirtieron en los mejores aliados de Pincheira en función de la lealtad que guardaban para con el rey, de modo que esto sirvió para mejorar las posibilidades logísticas de la guerrilla y para aumentar la efectividad de sus movimientos. Por otra parte, eran conocidas las buenas relaciones personales que tenían los hermanos Pincheira con estos caciques desde años atrás, por lo que los movimientos transcordilleranos no eran ninguna novedad para aquellos. En tales circunstancias el protagonismo indígena adquiere relevancia por haber avalado el asentamiento de sus aliados realistas, cuestión que habían evitado a toda costa hasta ese momento.

¹⁹ El diario *El Censor* informaba sobre los preparativos que estaban haciendo España para “hostilizar a Sud América” y que muy pronto saldría “una expedición poderosa con un ejército cuyo particular destino está en profundo secreto”. *El Censor*, “Noticias extranjeras”, N° 147, 17 de julio de 1818. Buenos Aires, imprenta de los Expositos (AGN).

²⁰ El virrey Pezuela dio instrucciones a Benavides para evitar por todos los medios que el ejército preparado por el General San Martín avanzara hacia Perú, último enclave del poder monárquico en América. Por tal motivo lo designó “legítimo y autorizado caudillo de todos los elementos genuinamente anti independientes que aún quedaban arraigados”. (Comunicación del virrey Pezuela al gobierno español, 7 de julio de 1819. Archivo del Ministerio de Guerra, transcrito en B. VICUÑA MACKENNA, op cit, p.25). Después de la derrota en 1824 la guerrilla siguió con la misma prédica a favor de la reconquista española procurando que los recientes estados independientes no pudieran consolidarse en el poder. FERNANDEZ, Jorge, *El coronel Pincheira y los indios realistas de la pampa (1827-1831)*, Buenos Aires, Nuestra Historia, 2000 y VILLAR, Daniel (editor), *Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense 1810-1830*, Bahía Blanca, Univ. Nac. del Sur y Univ. del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, 1998.

²¹ FERNÁNDEZ, Jorge, *El coronel Pincheira y los indios realistas de la pampa (1827-1831)*, Buenos Aires, Nuestra Historia, 2000 y VILLAR, Daniel (editor), *Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense. 1810-1830*, Bahía Blanca, Univ. Nac. del Sur y Univ. del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, 1998.

Desde los estratégicos valles pehuenche en Varvarco y en las lagunas de Epulauquen, los grupos de guerrillas accedían directamente a la región de Antuco y desde allí se comunicaban con Los Angeles, Concepción y otras diversas poblaciones vecinas. También se movilizaban en las fronteras del sur de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe, y las pampas bonaerenses, extendiéndose hasta Carmen de Patagones y Bahía Blanca. Al sur del territorio neuquino, las fuerzas pincheirinas tenían acceso hasta las márgenes del río Agrio, donde estaban los dominios de algunos de los caciques pehuenche aliados más importantes como Neculmán, Toriano, Canumilla y el Mulato²².

¿Qué motivó este cambio de actitud?, ¿cuáles fueron las razones para adherir a la causa realista y rechazar el nuevo orden? y ¿por qué estos indígenas se apegaron a la tradición colonial una vez instalado el orden republicano? No es tarea fácil interpretar las causas que generaron las adhesiones políticas de los nativos. Con seguridad las explicaciones tradicionales que hablan del apetito del botín, el deseo irrefrenable de violencia, el primitivismo o salvajismo, la sed de venganza, entre otras, son muy simplistas. Como ya dijimos, las razones de fondo estaban en aquellas relaciones fomentadas por los Borbones durante las últimas décadas del siglo XVIII.

Fundamentos de la alianza hispano-pehuenche

Puede decirse que recién con Carlos III (1759-1788) las medidas se orientaron hacia una actitud más defensiva, y se buscó una política más diplomática que militar mientras se intensificaban las relaciones comerciales entre indios y españoles para garantizar una paz conveniente para ambas partes. Si bien la pacificación lograda en las fronteras del sur logró disminuir los habituales malones a las estancias, los poblados y los fortines nunca dejó de estar supeditada al cumplimiento de los compromisos asumidos y de generar desacuerdos entre las autoridades por las medidas a implementar.

De todos modos, las buenas relaciones facilitaron estudios geográficos y científicos en los territorios del sur; la búsqueda de nuevas rutas para facilitar la comunicación trasandina y dinamizar el comercio. Numerosos viajeros ingresaron en el territorio nordpatagónico durante estos años y dejaron valiosos relevamientos. Incluso se llegó a fundar algunos establecimientos y fortificaciones asegurando la soberanía española en estas tierras, como el fuerte Carmen de Patagones en la desembocadura del río Negro. Pero los pehuenche nunca habían permitido la instalación de fortines ni la presencia estable de funcionarios, sacerdotes o hacendados en sus dominios, a pesar de las estrechas relaciones políticas y comerciales con la sociedad la hispano-criolla. Para ingresar a sus tierras había que superar el estricto control de los caciques principales y contar con algún salvoconducto o arreglo previo. Sólo así, algunos viajeros y misioneros lograban transitar “tierra adentro”.

De acuerdo a lo estudiado, la alianza hispano-pehuenche se pudo construir mediante ciertos campos de acción claramente diferenciados con beneficios para

²² Según comunicación del Gral. Borgoño al Ministro de Guerra, Chillán, 1 de abril de 1928. En MAZA, Juan Isidro, *La rebeldía de los vencidos en Chacabuco y Maipú*. Revista de Estudios Regionales. Mendoza, Univ. Nac. de Cuyo, CEIDER, 1990. N° 663.

ambas partes: a) los parlamentos, b) los circuitos económicos, c) el accionar de los franciscanos, d) los agentes intermediarios y e) otros mecanismos de presión.

a) Los parlamentos

Los Borbones vieron con cierta claridad los beneficios prácticos de reconocer el derecho de que algunos grupos indígenas vivieran de forma autónoma fuera de los límites del imperio. Se firmaron acuerdos en los que se reconocía a las "naciones" nativas (usado indistintamente como patria, país, estado soberano o reino)²³, pero no todos los indígenas firmaban la paz o alianzas reconociéndose como "súbditos y vasallos del rey".

En Chile se habían mantenido parlamentos desde 1606 como un mecanismo formal para dirimir conflictos poniendo en contacto a los representantes en un tono de igualdad, en carácter de dos naciones vasallas del rey. Se organizaron parlamentos y se firmaron tratados de paz y amistad a través de una política de dádivas cordiales²⁴. Estos acuerdos eran ceremonias rituales que mantenían el equilibrio y aseguraban cierta tranquilidad.

Los pactos asumidos con los grupos indígenas incluían la cooperación contra enemigos comunes y la conciliación o intervención en conflictos intertribales. En el caso de los pehuenche esto se corrobora en el acta del parlamento llevado a cabo en Mendoza a orillas del Salado en 1787 entre José Francisco Amigorena como Comandante de Armas y Fronteras y la nación Pehuenche. En estas circunstancias los indígenas se reconocían como legítimos vasallos dispuestos a colaborar frente a las hostilidades de otros grupos recibiendo a cambio ayuda militar para combatir a sus enemigos huilliche y ranqueles con los que mantenían tradicionales luchas intestinas²⁵. Asimismo se comprometieron a frenar el avance de los araucanos en función de que tenían el control efectivo sobre los pasos fronterizos. De este modo, la adhesión de los pehuenche a la política borbónica fue decisiva para la pacificación de una frontera habitualmente violenta.

En estas reuniones formales las autoridades virreinales implementaron el mecanismo de elegir al cacique-gobernador, promoviendo de este modo a algunos caciques con honores, agasajos, regalos y títulos²⁶, acentuando la jerarquización y la distribución del poder entre los indígenas. Las autoridades coloniales privilegiaron algunas cabezas para dialogar superando los inconvenientes que implicaba tratar con todos los loncos de igual

²³ Es importante tener presente que durante el siglo XVIII existían políticamente dos "naciones" en el territorio hoy neuquino y estaban divididas por el río Agrio: la huilliche al sur y la pehuenche al norte. A su vez, la nación pehuenche estaba dividida en tres parcialidades: los pehuenche Malalquinos del Sur de Mendoza, los pehuenche del Reñileuvú y Curi Leuvú y los pehuenche de Varvarco. Estas parcialidades estaban emparentadas pero se conservaban relativamente independientes.

²⁴ LAZARO ÁVILA, Carlos, "El parlamentarismo fronterizo en la Araucanía", en BOCCARA, Guillaume (ed.), *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas. Siglos XVI-XX*, Ecuador, Abya Ayala, 2002.

²⁵ Acta del Gran Parlamento a orillas del Río Salado efectuado el 11 de octubre de 1787. Transcripción por ALVAREZ, Gregorio, *Neuquén, su historia, geografía y toponimia*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, Tomo 1, 1972, pp. 116-118.

²⁶ En el Acta del parlamento de 1787, el Comandante Amigorena nombró a Pichintur como cacique-gobernador de la nación Pehuenche entregándole la insignia correspondiente, abundante aguardiente y reses para el festejo en sus toldos. En dicha ocasión, también se distinguió a los pehuenche con el título oficial de soldados distinguidos de la Corona por su colaboración.

jerarquía. Todo formaba parte de una estrategia global para asimilar directa y pacíficamente al indígena a la sociedad colonial.

b) Los circuitos mercantiles

La experiencia hispana en áreas de fronteras había confirmado el valor que tenía el comercio para controlar a los indígenas. La estrecha relación entre las sociedades de la Araucanía, nordpatagonia y las pampas argentinas venía dándose al menos desde el siglo XVII. La articulación de estas regiones estaba dada por la dinámica de los grupos interactuantes. En este espacio integrado, el mundo indígena se relacionó con el del hispanocriollo en torno a circuitos comerciales que a fines del siglo XVIII estaban consolidados ²⁷.

Esa integración se vio facilitada por una cordillera con pasos relativamente bajos que permitían la circulación de individuos, de bienes de intercambio e influencias culturales. El territorio de Neuquén, así como los indígenas que la habitaron –los pehuenche al norte y los huilliche al sur- constituyeron un nexo primordial entre la pampa húmeda -productora de ganado- y los mercados chilenos -consumidores de los mismos-. De modo que las tierras del Neuquén conformaban un verdadero nudo de caminos disputado por otras tribus y codiciado por los españoles primero y los criollos después.

Siendo los pehuenche intermediarios de un eficaz comercio fronterizo, efectuaban transacciones comerciales con las poblaciones de Chile y Cuyo, como así también con otros grupos indígenas a ambos lados de la cordillera. La consolidación del circuito ganadero se debió a la demanda de los indígenas de la Araucanía y a la exportación de carnes saladas, cueros y sebos que industrializaban los hacendados trasandinos²⁸.

Desde una perspectiva regional, las tierras del noroeste neuquino integraban una macro región fronteriza comprendida por Araucanía, norpatagonia y pampas bonaerenses. Esta vasta región, sin los límites políticos ni administrativos que los estados lograrán imponer a posteriori, estaba dinámicamente articulada por estos circuitos mercantiles que la recorrían y activaban, a su vez por múltiples contactos y relaciones entre los grupos. Las tierras pehuenche eran básicamente de pastaje y engorde de ganados para el abastecimiento, especialmente de los centros de Chillán, Los Angeles y Antuco a través del puerto de Talcahuano.

Precisamente la existencia de este espacio económico fronterizo tan dinámico fue uno de los mayores desafíos para la política borbónica en su proyecto de pacificación porque frente a este funcionamiento integrado la metrópoli podía innovar muy poco, salvo estimular el aumento del consumo de productos europeos y convertir a los indios en productores de bienes y manufacturas regionales que no plantearan competencia con los productos metropolitanos.

La mercantilización de este vasto espacio determinó la especialización regional dentro del mismo. En estos circuitos se coordinaban e interactuaban diferentes grupos asentados en extensas áreas, cada cual con sus propias características, sus propias

²⁷VARELA, Gladys y MANARA, Carla, "Particularidades de un modelo económico en un espacio fronterizo nordpatagónico, Neuquén, siglos XVIII y XIX", en *Quinto Sol*, Universidad de La Pampa, 1999.

²⁸ El mencionado Luis de la Cruz había presenciado durante su tránsito por el río Colorado la llegada de más de 10.000 cabezas de ganado mayor además del lanar, lo cual permite apreciar la relevancia de esta actividad.

prácticas e intereses y en función de sus recursos. La organización de estos circuitos requería de la división de tareas, conocimientos específicos, manejo del territorio, usufructo de los recursos disponibles y control de redes de vínculos por parte de cada uno de los grupos involucrados. Si bien el comercio con el indígena no representaba un mercado muy atractivo para las mercancías españolas, sí era relevante como fuente de abastecimiento para los fuertes y mercados hispanocriollos, razón por la cual se procuró no afectar el normal funcionamiento de los intercambios para garantizar los mecanismos de la pacificación.

c) La impronta de los franciscanos

Sumado a los parlamentos y al incentivo del intercambio comercial, el accionar de los franciscanos del colegio de Propaganda Fide de Chillán fue muy efectivo en cuanto a fomentar el culto católico y la fidelidad hacia la Corona en los indígenas de la Araucanía, convencidos de que eran “hijos de Dios y amantes del rey era un deber hacerlo”²⁹. Desde 1810 su adhesión a la causa realista les había significado todo tipo de insultos y desmanes ya que los patriotas desconfiaban todo el tiempo de su accionar, llegando a perseguirlos y a recortar sus ingresos, lo cual acrecentó el rencor hacia los separatistas.

Cabe notar que en este colegio se educó la generación protagonista del proceso revolucionario, entre ellos Bernardo O'Higgins, futuro exponente de la emancipación en Chile pero también varios de los chilenos que participaron en la guerrilla contrarrevolucionaria y los hijos de los caciques araucanos y pehuenche.

Cuando O'Higgins fue nombrado Director Supremo en 1817 clausuró el Colegio de Propaganda Fide porque los frailes seguían manteniendo su tradicional adhesión a la Corona, fomentando entre las parcialidades indígenas y el campesinado el rechazo al nuevo gobierno. Con el cierre del colegio algunos frailes emigraron a Lima y otros se refugiaron en las tolderías de los indígenas de la Araucanía desde donde muchos caciques habían enviado a sus hijos al colegio "de naturales". Allí permanecieron como activos participantes acompañando a las montoneras, bendiciendo a los grupos y celebrando misas y bautismos. Asimismo actuaron como instigadores de la guerrilla, a la que se sumaron como consejeros y secretarios e incluso algunos de ellos siguieron luego a Pincheira al este andino. La ayuda de los frailes era espiritual como material, hasta ofrecían refugio a los realistas perseguidos en el convento.

Los franciscanos actuaron como maestros e ideólogos y supieron alentar a la población del sur para sumarse a las filas de la guerrilla. Parte de su tarea era la difusión de una propaganda nefasta acerca de los patriotas como enemigos del rey y “seres crueles y vengativos” a los que consideraban herejes. Esto habría influido en los líderes de la guerrilla, lo cual ayuda a entender el profundo recelo de éstos hacia los patriotas ³⁰.

²⁹ARRIAGADA CORTÉS, Fernando, *Los Franciscanos de Chillán ante el proceso emancipador*, Santiago, Archivo Franciscano, 1992.

³⁰ PINTO RODRIGUEZ, Jorge, et.al., *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*, Temuco, Ed. Universidad de la Frontera, 1988.

d) Los agentes intermediarios

Los intermediarios (lenguaraces, capitán de amigos, secretarios) eran una necesidad estratégica para la comunicación. El rol de estos agentes fue un factor determinante para la comunicación entre las partes, aunque no se sabe con seguridad si su objetivo era apaciguar los ánimos o alterarlos. Además del papel militar que desempeñaban para guiar a las reducciones amigas contra las rebeldes y el juego artero que realizaban muchas veces para indisponer a una parcialidades contra otras ³¹.

Creemos, no obstante, que cierta oficialidad inferior como los comandantes de fuertes y los capitanes de amigos y hasta los lenguaraces estaban en condiciones de difundir rumores para mal predisponer a unos grupos contra otros. Junto a los caciques gozaban de una autoridad muy grande porque eran los intermediarios para entenderse con los blancos y en particular con las autoridades. Estos intermediarios por su condición habitual de mestizos, solían convivir entre los indígenas, conocían su lengua y estaban muy adaptados a interceder por ellos ante las autoridades, por lo que era común verlos enredados en conflictos difíciles de desentrañar y participando de las actividades de los indios para ganar su confianza.

Como solían hacer de árbitros en los litigios de los indígenas ocupaban en cierto modo un vacío de autoridad. Durante la etapa republicana los capitanes de amigos siguieron desempeñando su oficio en pro del nuevo gobierno. A algunos ex integrantes de la guerrilla indultados se les dio este cargo pero por lo general mostraron una actitud ambigua y hasta contradictoria. Pero dado que el sistema imperante en la frontera era muy difícil de modificar, las autoridades pensaron que no era el momento conveniente de eliminar estos servicios.

e) Otras estrategias de presión

Los indígenas no sometidos habían aprendido a defenderse y a reaccionar ante cualquier intento de sometimiento y eran tradicionalmente precavidos y desconfiados frente al español. Los mecanismos de alianzas y negociación fueron determinantes para sobrellevar los conflictos fronterizos. Así lo entendieron las autoridades coloniales y también los mismos indígenas quienes no sólo aceptaron la paz, sino que también tendieron a buscarla. La posibilidad de un mayor intercambio y la colocación de sus productos en las plazas y fuertes españoles, como asegurarse una buena cantidad de dádivas y regalos recibidos era muy atractivo.

La paulatina diferenciación social incentivada en los parlamentos fue provocando en la sociedad indígena una mayor demanda de bienes exóticos de origen europeo, utilizados como símbolo de prestigio y riqueza. La paz era el camino para obtenerlos y era producto de arduas y a veces intrincadas negociaciones.

La vía del parlamento, como vimos, podía ser muy efectiva pero no siempre era exitosa y lo pactado solía dilatarse o hasta quedar en la nada. Por lo tanto, existían otras formas de hacer escuchar sus reclamos y obtener lo que deseaban. De modo que cuando los

³¹ LEON SOLIS, Leonardo, "La corona española y las guerras intestinas entre los indígenas de Araucanía, Patagonia y las Pampas- 1760-1806", en *Nueva Historia*, Revista de Historia de Chile, Londres, 1982, año 2, N° 5, p. 19.

pactos firmados no se cumplían, la amenaza de un malón era un mecanismo de presión al que las autoridades solían ceder frente a peligro potencial de este tipo de ataque. Con cierta frecuencia los malones no se realizaban pero en caso de hacerlo, el botín era un buen ingreso de bienes pero principalmente garantizaba la toma de mujeres y niños cautivos que luego eran propuestos para un intercambio de rehenes, ayuda contra enemigos entre otras solicitudes. Las invasiones en las estancias fronterizas de Mendoza, Córdoba y Buenos Aires alcanzaron su punto de mayor intensidad hacia 1780. Hacia fines de la década de 1780, el accionar malonero tendió a disminuir durante algunos años de relativa tranquilidad en las fronteras a cuenta de la política implementada pero nunca dejó de ser un recurso estratégico para negociar.

Los montos invertidos por las autoridades en obsequios para los caciques eran muy elevados pero encontraban algún aliciente al lograr por un lado, la desmovilización de éstos, y por lado, su cooperación³². Esta exigencia era necesaria para no poner en riesgo las lealtades obtenidas, que en definitiva nunca dejaron de ser inestables y de estar supeditadas a la renovación permanente de los pactos.

Aún así, los pactos políticos no garantizaban una paz duradera, ya que los indígenas aprendieron a sacar ventajas, siendo ellos mismos quienes en ocasiones provocaban una nueva situación de conflicto para acordar con las autoridades coloniales y obtener a cambio productos que acostumbraban a consumir. Este tipo de relación debió acentuar la dependencia mutua por lo que las partes comprometidas procuraban la pacificación. Hasta que comenzaron los movimientos de independencia, los pehuenche habían logrado esa extraña combinación de obtener derechos y beneficios sin restar autonomía, sin comprometer sus tierras ni arriesgar el control de los circuitos mercantiles.

La resistencia pehuenche al cambio

Una vez inaugurada la etapa independentista, todos aquellos tratados que los pehuenche habían firmado con las autoridades borbónicas fueron permanentemente invocados para no perder los derechos adquiridos. La política borbónica de atracción y de ayuda militar tuvo sus altibajos pero había dado sus frutos. Los caciques habían recibido un reconocimiento preferencial como legítimos soberanos de sus territorios, fueron agasajados en los parlamentos y se les asignó un sueldo correspondiente a la jerarquía militar. Los nuevos gobiernos no reconocieron estos beneficios ni el status logrado por ciertos caciques y pretendían restarles privilegios, transformarlos en simples ciudadanos, con igual voz y representación.

Básicamente la pacificación lograda en la etapa tardocolonial siguió existiendo aún con los acontecimientos de 1810 pero comenzó a interrumpirse con el inicio de la guerra a muerte en 1818. En la década de 1820 se hicieron cada vez más reiterados los comunicados de las autoridades de fronteras dando cuenta de la amenaza de malones

³² Para datos específicos al respecto cfr. *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*. T.9, serie 3, años 1762-1768 y T 25, serie 3, años 1789-1791 (AGN)

que generaban un temor mayor al habitual al saber que los indios estaban ahora liderados por los temibles Pincheira³³.

Todos los tratados firmados con las autoridades borbónicas fueron la ley escrita a la que los indígenas recurrieron para legitimar la defensa de su status, autonomía y control del espacio. Con la instalación de la república los caciques amigos advirtieron que los cambios de la revolución los colocaba en una situación incierta y proclive a perder más de lo que podían ganar.

Un problema central era que las tierras indígenas iban a pasar a formar parte de la nueva nación, perdiendo los nativos el derecho exclusivo que habían tenido hasta entonces. La tierra ya era un tema, probablemente el único, que para los indígenas no estaba en discusión. Los pehuenche siempre habían ejercido el control absoluto sobre su espacio lo cual garantizaba el funcionamiento de los circuitos mercantiles y la comunicación trasandina por los pasos cordilleranos. Con los Borbones habían logrado buenas relaciones comerciales sin ceder su autonomía pero ahora la amenaza era inminente.

Sin embargo, las ansias mal disimuladas de los patriotas por avanzar “tierra adentro” generaron cada vez mayor recelo. Esta situación era muy inquietante para las parcialidades dadas las amplias connotaciones que esto tendría sobre su identidad, cosmovisión y tradicional movilidad regional. Tal vez, la posibilidad de una ocupación real de sus tierras y la presencia efectiva del ejército patriota sobre los principales pasos cordilleranos estaba poniendo en peligro la seguridad que siempre habían defendido. Además, algunos de los centros poblados de Chile, donde solían realizar sus intercambios, ya se habían tornado algo peligroso para los pehuenche.

La nueva política los estaba poniendo en jaque y esto predispuso a varios caciques a rechazar el nuevo orden, por lo que decidieron incorporarse activamente a la guerrilla y aunar sus fuerzas con los realistas en contra del enemigo en común. La fidelidad al rey fue la forma de legitimar sus derechos y la vía para fortalecer su posición frente a las pretensiones de los nuevos gobiernos. Pincheira a su vez supo incentivar esta lealtad, que tal como dijimos, fue el factor clave para potenciar la logística de la guerrilla prorealista. De este modo unos y otros se vieron favorecidos.

Los beneficios fueron muy variados e inferimos que debieron haber implicado una serie de transformaciones y adaptaciones mutuas. Por un lado, Pincheira obtuvo centenares de hombres de lanza, variedad de recursos para la subsistencia de los grupos, refugio y acceso a los pasos cordilleranos. Además la disponibilidad de

³³ Son numerosos los documentos al respecto. Una clara muestra de los dicho es cuando en 1822 el gobernador de Mendoza le comunicó al de San Luis que las autoridades de Córdoba remitían municiones y otros pertrechos de guerra a fin de que se alisten las fuerzas de estas tres provincias para repeler al caudillo Pincheira que amenazaba producir una gran invasión con los indios del sud que se suponía eran más de 2000. Documento transcrito en : *Revista de la Junta de estudios Históricos de Mendoza*. Mendoza, Best Hermanos, 1938, N° 29, p. 425, 1° sept. de 1822. Al año siguiente Martín Rodríguez solicita colaboración al gobernador de Mendoza de 1000 hombres para combatir los ataques indígenas simultáneamente por varios puntos hasta acorralarlos en la cordillera. En APM, sección provincias, 22 de enero de 1823, carpeta 613, doc. 21.

circuitos consolidados facilitaba el intercambio y daba ventajas para la movilización de hombres, productos y ganados, y para obtener valiosa información y contactos inter e intra tribales. Puede decirse que los pehuenche fueron prácticamente el sustento de la guerrilla pro-realista durante más de una década.

Al principio, éstos sólo se limitaron a permitir el paso de las huestes realistas y más tarde les dieron hospitalidad y pusieron a su disposición los ricos valles que ellos dominaban. Se ha planteado que el consentimiento no fue voluntario sino más bien producto del acoso de los pincheirinos obligándolos a colaborar con la causa. Lo que pudimos inferir de la documentación disponible es que los pehuenche no tuvieron una actitud pasiva ni tampoco de neta obediencia. Hemos detectado la existencia de algunas diferencias y discordias durante el largo período de convivencia, pero en definitiva los pehuenche se plegaron en función de sus propios intereses y demandas³⁴. La alianza asumida no fue aceptada por la totalidad de los caciques de estas tribus ya que se evidencia claramente que otros decidieron apoyar al bando patriota provocando rivalidades y competencias internas, aspecto que señala claramente la existencia de redes más complejas de lo supuesto hasta ahora³⁵.

Los circuitos mercantiles, lejos de desarticularse por la intervención de las montoneras, se vio favorecido porque la práctica malonera incrementó su poder de acción y se convirtieron en empresas colectivas de mayor magnitud logrando con frecuencia un rico botín, que los caciques supieron aprovechar para aumentar su prestigio y riqueza y para distribuir entre lo suyos. Mientras tanto Pincheira lograba un buen excedente para intercambiar por armas, municiones y otros productos de difícil acceso³⁶. El recurso del malón como factor de presión siguió vigente y fue muy hábilmente utilizado por los pincheirinos que tenían la capacidad de hacer malones en distintos frentes al mismo tiempo. El simple rumor de un malón de “los chilenos” provocaba una alarma generalizada y mantenía a las tropas regulares ocupadas, dispersas, agotadas y muy preocupadas.

Otro aspecto significativo que nos interesa destacar es la idea de que los mismos circuitos de intercambio se habrían convertido en arterias para la politización de toda la región fronteriza a partir de las guerras de independencia. Por su propia dinámica, los circuitos facilitaron el tráfico de lealtades partidarias, influencias políticas, redes clientelares y redes de colaboración y de venganzas generando un entramado de compromisos inter e intra étnicos que incidió directamente en la confrontación entre “realistas” y “patriotas” sumándose, la no menos violenta pugna entre unitarios y federales.

³⁴ Entre los caciques pehuenches principales aliados a los realistas se encontraban Neculmán, Toriano, Canumilla y el Mulato y según los datos disponibles existían muchos otros tales como Chuica, Trequemán, Pichun, Choikian, Millalem, Pichun y Caripil entre otros tantos.

³⁵ Como el cacique Martín Toriano, quien se alió a los realistas para enfrentar la coalición de su archienemigo Luis Melipán, asumido aliado de los independentistas chilenos hasta que en 1826 decidió alejarse de Pincheira y hacer su propio juego a través de coaliciones con otros grupos de las pampas y negociar directamente con Rosas hasta que finalmente murió sin lograr sus objetivos. En FERNANDEZ, op. cit.

³⁶ En algunos partes militares existen constancia acerca de la abundancia de ganados que poseían los pincheirinos en sus asentamientos merced a lo obtenido en las haciendas vecinas. Véase *Partes militares del Gral. M. Bulnes durante su expedición contra los Pincheira en 1832*. En BARROS ARANA, op. cit. 1897.

Por último, la consolidación de la alianza hispano-pehuenche permitió la conformación de una aldea de más de 6000 habitantes en los ricos valles de Varvarco y Epulafquen comunicada con otros campamentos ocupados en función del traslado de los ganados de la veranada a la invernada, característico de la práctica trashumante en la región. La comunidad de Varvarco generó un modo de vida propio en medio de un espacio natural muy propicio en el que convivieron españoles, criollos, indios y mestizos bajo la tradición colonial que garantizaba el liderazgo de Pincheira³⁷. A principios de 1832 la organización fue desarticulada por el general chileno Manuel Bulnes³⁸. Varios de los caciques y lugartenientes de la organización murieron en esta campaña. Pincheira aceptó un indulto y pudo vivir varios años más con su familia en Chile.

Las incipientes repúblicas comenzaban a consolidarse ya sin la presión constante de los pincheirinos cuya derrota dio gran alivio a las autoridades de Santiago de Chile y de Buenos Aires³⁹. De ahora en más los estados independientes comenzarán a desprenderse del legado colonial aunque no podrán quitar la vista de las fronteras del sur durante las décadas siguientes.

A modo de conclusión

El tema analizado nos conduce a profundizar acerca del contenido social y político que subyace en la organización de una compleja guerrillera contrarrevolucionaria cuyos componentes ideológicos, culturales y militares estaban muy arraigados en el orden colonial en el cual se legitimaba. Esta movilización tuvo un peso decisivo en el proceso de emancipación y dificultó durante algunos años la consolidación de los nuevos estados que buscaban emerger sin atender a las demandas y los reclamos de las sociedades del mundo de fronteras.

Los movimientos separatistas evidentemente afectaron las relaciones fronterizas a ambos lados de la cordillera hasta desencadenar una guerra a muerte que se extendió por muchos años poniendo en evidencia el alto costo de la transición política. Los respectivos gobiernos patrios debieron lidiar con fuerzas heterogéneas articuladas que para rechazar los cambios propuestos se alinearon a la causa realista. Estar bajo el ala de los líderes de la guerrilla pudo deberse a una identificación ideológica como a una forma de sobrevivir en un clima de tanta violencia.

El protagonismo de los grupos indígenas en general, y de los pehuenche en particular, es significativo en este proceso porque la adhesión a los bandos en pugna les permitió posicionarse en la contienda política y elaborar sus propias estrategias para sortear los cambios que se avecinaban.

Finalmente, creemos que lo expuesto nos permite confirmar que la pugna por el poder que marcó el proceso revolucionario involucró directamente a las regiones

³⁷ Las fuentes de época disponibles brindan poca información sobre este asentamiento a excepción de las memorias del Coronel chileno Jorge Beauchef sobre su entrada a tierras pehuenche en 1827. (Transcripción en FELIU CRUZ, Guillermo, *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef*, Santiago, Ed. A. Bello, 1964, cap. LXXVI.

³⁸ El gobierno chileno solicitó colaboración a las fuerzas argentinas para “el exterminio de la horda del caudillo Pincheira”, ayuda que al final no se concretó. AGM, Sección provincias, Gobierno de La Rioja, 23 de feb. Año 1832, Carpeta 669, doc. 42.

³⁹ En AGM, sección Provincias, Gob. de Santa Fe, carpeta 642, doc. 32, 13 de junio 1832.

fronterizas y a todos sus actores. De hecho, una movilización social tan prolongada nos proporciona una mejor comprensión acerca de comportamientos colectivos que delinearon el rumbo de la revolución emancipadora. Los estudios de casos y futuros enfoques comparativos reforzarán las evidencias disponibles acerca de la diversidad y relevancia de las experiencias fronterizas latinoamericanas.